

Como se ha visto, Maximiliano daba mucho interés al aumento de los nueve batallones de *Cazadores*: tenía el derecho de contar con la buena voluntad de los franceses que consentían en ingresar á ellos: porque los soberanos exitaban la ardiente simpatía de nuestro ejército siempre generoso. Pero los esfuerzos del cuartel general, la abnegación de los oficiales franceses que habían aceptado la tarea difícil de formar y mandar estos nueve batallones, debían ser estériles, si el mismo país, si los comisarios imperiales y si los grandes propietarios no ayudaban francamente á un buen reclutamiento. La *leva*, especie de plagio militar, había sido abolida desde ántes, por la regencia, obedeciendo una noble inspiración del mariscal Forey: el imperio había renovado la prohibición formal de recurrir á este sistema brutal é inhumano de aumentar las filas del ejército mexicano. Apesar de todo había *leva* aún. Los indios tomados de leva por los *hacendados*, la escoria de la sociedad mexicana sacada de las cárceles, tales eran los mezquinos elementos que los prefectos políticos de las provincias se obstinaban en poner á la disposición de los comandantes franceses, y se puede comprender lo que sufrirían nuestros pobres voluntarios, que tenían la dignidad de sí mismos, al

codearse en las filas con unos compañeros de armas que habían cambiado la cadena del presidario por el fusil. Sin embargo, nuestros oficiales no se desalentaban.

Apoyándose en las órdenes imperiales que habían prescrito el reclutamiento en los Estados de México, Querétaro y San Luis, trataban los jefes franceses de sacudir la apatía de los prefectos políticos, ó de contrarestar su hostilidad: recorrían ellos mismos las *haciendas*; apelaban al patriotismo y á los intereses de los grandes propietarios, cuya salvaguardia estribaba en la elección legal de los trabajadores que vivían en sus fincas, ó por la presentación de voluntarios bajo su bandera. Toda la población, si los comisarios imperiales no traicionaban á la corona, debía dar su contingente al reclutamiento. Los acontecimientos exigían mas que nunca semejantes sacrificios. El general Mejía tenía frente á sí á Escobedo y á Cortina, que amenazaban destruir su división, la mas disciplinada de las tropas mexicanas, y compuesta de las viejas y aguerridas tropas de la Sierra. No por esto se desalentaba Maximiliano; también es preciso decir que se sentía mas fuerte con la energía de una compañera adicta, que dirigía los asuntos de México, mientras que él recorría el país. A Cuernavaca fué á herirlo, sin abatirlo, la noticia de un gran desastre, y sin dilación pidió á nuestro cuartel general los medios de reparar el mal.

“ Cuernavaca, 24 de Junio de 1866.

“ Mi querido mariscal.

“ Con mucha satisfacción acabo de saber, por vuestra última carta, que se continúa sin descanso organizando los nueve batallones de *Cazadores* y el ejército nacional, y por ello os doy cordialmente las gracias.

“La noticia de la destruccion casi completa de la division Mejía, ha venido á sorprenderme y á afectarme dolorosamente. En estas valientes tropas fundaba una parte de mis esperanzas para el porvenir. Por otra parte, era necesario para aliviar nuestro tesoro, volver á establecer las comunicaciones entre Matamoros y Monterey; pero tengo confianza en las medidas que os sugiera vuestra alta esperiencia, y os suplico me enviéis el plan de campaña que hay que seguir para reparar la desgracia que acaba de herirnos, y hacer volver al órden los departamentos rebeldes.

MAXIMILIANO.”

Un segundo golpe, mas sensible aún, vino al fin de Junio á caer sobre la corte de México: era la respuesta del emperador Napoleon á la embajada de Almonte, y en la cual tanto Maximiliano como la emperatriz Carlota, tenían tan fundadas esperanzas. Napoleon III esponia á su aliado condiciones mas duras aún que las que se habian formulado hasta entónces. Si la forma del mensaje imperial, que contenia la exposicion de ciertas quejas realmente fundadas, era insultante para el amor propio de Maximiliano, las resoluciones que contenia dictaban la sentencia de muerte de la monarquía mexicana. ¡M. Seward triunfaba!

“Paris, 31 de Mayo de 1866.

“El general Almonte ha entregado al emperador las cartas de S. M. el emperador Maximiliano y las comunicaciones que se le habian encargado para el gobierno francés. S. M. tiene el pesar de verse obligado á espresar aquí la sorpresa que le han causado dichas comunicaciones. Hace mas de un año que las instrucciones dirigidas á los agentes franceses en México, é inspiradas por el sentimiento de los deberes y de las obligaciones recíprocas que ambos hemos

contraido, tenían por objeto hacer llegar al gobierno mexicano, algunos consejos dictados por los intereses de ambos países y tambien por la sincera amistad que S. M. profesa al emperador Maximiliano.

“Parece que no se han comprendido estos consejos. Las proposiciones formuladas por el Sr. general Almonte lo indican bastante, al mismo tiempo que revelan el desconocimiento completo de una situacion que es preciso revelar sin demora á la corte de México.

“No hay porque recordar el origen de la expedicion francesa; su legitimidad procedia de nuestras reclamaciones; obligados á hacernos justicia por nosotros mismos, la esperiencia del pasado nos mandaba que buscásemos para el porvenir garantías contra la repeticion de actos que habian atraido frecuentemente sobre aquel país, á costa de expediciones onerosas, represiones severas, pero siempre ineficaces. Esas garantías debian resultar sobre todo de la fundacion de un gobierno regular, bastante fuerte para romper con las tradiciones de desórden que habia legado tanto gobierno efímero. Por apetecible que fuese el establecimiento de semejante gobierno, nosotros, menos que cualquiera otro, no podiamos pensar en imponerlo, y siempre hemos desaprobado altamente semejante designio. Sin embargo, no hemos querido creer que faltasen á la sociedad mexicana los elementos de tan indispensable regeneracion política, y nos habiamos propuesto secundar todos los esfuerzos que se intentasen en el país mismo para arrancarlo de la anarquía que lo devoraba. Esta empresa era grandiosa y sedujo al emperador Maximiliano. Al llamado de la nacion mexicana, sin dejarse detener por las dificultades y los peligros de semejante tarea, se consagró á ella valerosamente. Pensaba, como el emperador Napoleon, que grandes intereses de conciliacion y de equilibrio, se unian á la independencia de México y á la integridad de su territorio garantizadas

por un gobierno estable y reparador; y *sabia que no le faltaria nuestro apoyo para ayudarlo á realizar una obra útil al mundo entero.*

“Los deberes que tiene el emperador hácia la Francia, lo obligan siempre á medir, atendiendo á la importancia de los intereses franceses comprometidos en esta empresa, la estension del concurso que le era permitido ofrecer á México para asegurar el éxito. Con este objeto se hizo el tratado de Miramar.

“De este tratado que estableció nuestros derechos y nuestras obligaciones, la Francia cumplió ámpliamente las cargas que habia aceptado, y no recibió sino de una manera muy incompleta las compensaciones equivalentes que México le habia prometido. Este es un hecho que debemos hacer constar, porque no depende de nosotros suprimir sus consecuencias. Estamos muy lejos de desconocer los obstáculos y las dificultades de todo género con que S. M. ha tenido que luchar. Si hemos deplorado frecuentemente que sus leales intenciones no fuesen mejor secundadas, siempre hemos aplaudido su activa solicitud y su generosa iniciativa.

“Los resultados no correspondian á nuestras esperanzas, apesar de la hábil y enérgica direccion del mariscal, y de la abnegacion de un ejército al cual nada cansaba.

“El gobierno francés facilitaba la conclusion de empréstitos que venian en auxilio del tesoro mexicano, y sin embargo, nuestros créditos no eran compensados sino con reglamentos de liquidaciones ilusorias. Se han dado consejos amistosos; pero la resistencia sistemática de los consejeros de S. M. se manifestaban en todo lo concerniente á los intereses de la Francia. Debe recordarse cuantos esfuerzos

costó á la legion francesa obtener al fin una insuficiente reparacion de los perjuicios que habian sufrido nuestros nacionales, á la vez que sin discusion se habian arreglado las reclamaciones inglesas: entonces, cuando se encontraban recursos para saldar sin dilacion y al contado créditos dudosos y no exigibles, hemos visto ponerse en duda hasta el origen de las reclamaciones francesas, que sin embargo habian sido reconocidas por el tratado de Miramar, como la causa determinante de nuestra expedicion, y que aun cuando faltase toda estipulacion, *habrian constituido una deuda de honor irremisible é indiscutible.*

“Despues de haber señalado incesantemente al gobierno mexicano la necesidad de atender por sí mismo á su propia conservacion, y de haberle manifestado muchas veces que no se perpetuaria la cooperacion que le prestábamos sino en tanto que se cumpliera estrictamente con las obligaciones respectivas contraidas con nosotros, habiamos hecho que se le espusieran las imperiosas consideraciones que nos impedian pedir á la Francia nuevos sacrificios, y que nos decidian á llamar nuestras tropas.

“Pero al tomar esta resolucion, hemos prescrito que se pudiesen en su ejecucion los plazos y las precauciones necesarias para evitar los peligros de una transicion muy brusca. Al mismo tiempo debia preocuparnos la urgencia de sustituir á las estipulaciones, sin valor ya, del tratado de Miramar, otros arreglos destinados á obtener la seguridad de nuestros créditos. En consecuencia, el ministro del emperador en México ha recibido instrucciones para concluir sobre esto una nueva convencion.

“Estas instrucciones, como los demas actos del emperador Napoleon, están inspiradas por los sentimientos naturales que lo ligan al emperador de México, y por su deseo sincero de conciliar intereses que no quiere separar. Ha apreciado las razones *que han determinado á sus representantes*

á no apresurar la conclusion inmediata de los arreglos que se les habian indicado: pero ha sentido ver que el gabinete mexicano se aprovechaba de su condescendencia para transportar á Paris la residencia de una negociacion que no puede seguirse con provecho sino en México.

“El emperador Napoleon ha sentido, sobre todo, encontrar formuladas en el proyecto de tratado sometido á su gobierno por el general Almonte, las proposiciones hechas ya, y que cada vez que se han indicado ha sido forzoso declinarlas por razones muy poderosas. Debia prolongarse la presencia de las tropas mas allá del término prefijado, debiamos hacer nuevos préstamos previendo la insuficiencia de los recursos del tesoro mexicano, y el pago se aplazaba para épocas indeterminadas; ninguna prenda se nos ofrece; ninguna garantía se estipula para la seguridad de nuestros créditos. Despues de las esplicaciones francas, leales y completas del gobierno francés, es difícil darse cuenta de la persistencia de las ilusiones que han presidido á la concepcion de este proyecto.

“Es imposible admitir las proposiciones traídas por el general Almonte, ni autorizar su discusion. Era preciso consentir antes en una nueva convencion.

“Si S. M. el emperador Maximiliano acepta las combinaciones que le sean propuestas, se dejarán en pié los plazos que se han fijado para la partida sucesiva de las tropas francesas, y el mariscal Bazaine acordará, de acuerdo con S. M., las medidas necesarias para que la evacuacion del territorio mexicano se efectúe en las condiciones mas favorables para conservar el orden y consolidar el poder imperial.

“Pero, si por el contrario, no se aceptan nuestras proposiciones, no debemos disimular, que considerándonos en lo de adelante como libres de todo compromiso, y firmemente resueltos á no prolongar la ocupacion de México, *prescribiremos* al mariscal Bazaine que proceda, con toda la diligencia posible, á retirar al ejército, no teniendo en cuenta sino las

conveniencias militares y las consideraciones técnicas de las que él será el único juez. Atenderá al mismo tiempo á procurar á los intereses franceses las seguridades á que tienen derecho.

“El emperador Napoleon tiene la conciencia de haber ayudado á la obra comun: á México toca ahora afirmarla. La tutela extranjera, si se prolonga, es una mala escuela y una fuente de peligros; en el interior, habitúa á no contar consigo mismo y paraliza la accion nacional; en el exterior, suscita desconfianzas y despierta susceptibilidades. Ha llegado, para México, el momento de elevar su patriotismo á la altura de las circunstancias difíciles por las que atraviesa. En el interior, lo mismo que en el exterior, los ataques dirigidos contra las instituciones que ese país se ha dado, se debilitarán sin duda gradualmente *cuando se defienda solo*, y serán impotentes contra la union del pueblo y de su soberano, cimentada en las pruebas que ambos acepten y soporten con valor. Así, S. M. el emperador Maximiliano y la nacion mexicana alcanzarán el honor de haber consumado la obra civilizadora, que siempre tendremos el orgullo de haber alentado y protegido desde su principio.”

La corte de México quedó herida de estupor, y aun manifestó todo el dolor que le causaba la conducta del gabinete de las Tullerías, y esto con tanta mas fuerza, cuanto que el tesoro mexicano se habia agotado por hacer frente á los compromisos que habia contraído con la Francia. Es evidente que al llegar este mensaje de Napoleon III, Maximiliano nada debia, esceptuando apenas cuatrocientos mil francos: hacia algun tiempo que habia concentrado todos sus cuidados y todos sus esfuerzos en satisfacer las condiciones del tratado de Miramar, que desde entonces quedaba roto, y se exigia de él una nueva convencion que debia quitarle sus últimos recursos mas seguros, los de las aduanas de

Tampico y de Veracruz, puesto que la mitad de sus productos debía darlos á la Francia. Si no se aceptaba esta convenejon, el mariscal tenia órden de replegarse inmediatamente y de abandonar á Maximiliano á sus propias fuerzas. El resentimiento de la familia imperial se exhaló en quejas muy amargas, y aun transpiró fuera del palacio. Las revelaciones del porvenir justificarán esta frase que, lo afirmamos, fué pronunciada por Maximiliano delante de su corte: "He sido engañado: habia una convenejon formal arreglada entre el emperador Napoleon y yo, sin la cual jamas hubiera aceptado el trono, y por la cual se me garantizaba absolutamente el socorro de las tropas francesas hasta fines de 1868." En efecto, en Lóndres no se ignora que existia este tratado secreto.

Maximiliano comprendió que no le quedaba ya mas que un partido, la abdicacion. El 7 de Julio tomó la pluma para firmar la abdicacion de la monarquía: la soberana de México detuvo su mano. Entónces fué cuando movida por un sentimiento generoso, aunque irreflexivo, la emperatriz Carlota, afrontando las fatigas de una larga travesía, y las fiebres de la tierra caliente, atravesó los mares. Esperaba ganar su causa en Paris y en Roma, es decir, cortar favorablemente las tres cuestiones que debian decidir de la suerte de la monarquía, la permanencia y aumento del cuerpo de ocupacion, un auxilio financiero, y obtener un concordato eclesiástico. Si su empresa no era coronada por el éxito, el emperador, despues de haber devuelto el poder á la nacion, debia ir á unirse á Europa con su valerosa y digna compañera. La corte de México se cegaba ella misma sobre la situacion; pero por su parte, los confidentes íntimos, que no podian habituarse á la idea de abandonar sus buenas posiciones, impulsaron á la emperatriz á embarcarse. El dia 8 de Julio, el periódico oficial de México anunciaba que la emperatriz partia para Europa, adonde iba á tratar de los

negocios de México y á arreglar diversas materias internacionales. Esto era hacer alusion al viage de Roma para tranquilizar al clero y á los detentadores de los bienes nacionales. A fin de asegurar los gastos que iba á impender en su travesía la ilustre viajera, estando vacío el erario, fué preciso recurrir al fondo del deshagüe, y tomar de allí la suma de 60,000 pesos.

Un incidente, penoso bajo todos aspectos, señaló el paso de la emperatriz por el puerto de Veracruz. El departamento de la marina mexicana, al cual se habia abierto espontáneamente por el mariscal, un crédito de quinientos mil francos, para crear un servicio de guarda-costas, atendiendo al contrabando que privaba á las aduanas de sus productos, no poseia una embarcacion siquiera, y ni aun habia cuidado de preparar una para su soberana. Al llegar al muelle la emperatriz Carlota, no encontró sino un bote francés á sus órdenes: decididamente se rehusó á navegar bajo la sombra de nuestro pabellon para ir al buque. El descontento que manifestó S. M. en el muelle, era una señal inequívoca de que se alejaba del suelo mexicano con el corazon lacerado por la conducta del gobierno francés.

Esta partida, que se consideró como un supremo y último esfuerzo del régimen monárquico, fué la señal de grandes demostraciones de los juaristas. En el ejército de los imperialistas se manifestaban abiertamente síntomas de disolucion, y la legion belga, debilitada ya por las deserciones, comenzaba á amotinarse, al mismo tiempo que se incendiaba la frontera del Norte. El general Douay anunciaba que todo el país estaba invadido por la caballería republicana. El general Olvera se dejaba quitar un convoy defendido por 250 austriacos y 1,600 mexicanos, de los cuales una parte se pasaba á Escobedo victorioso. El general Mejía iba á sucumbir perdiendo definitivamente el puerto